7.000 gallinas y un camello

de Jesús Campos García

Gregorio Torres Nebrera

7.000 gallinas y un camello

de
Jesús Campos García

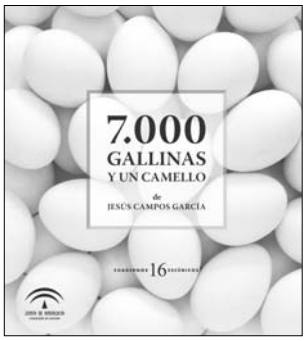
Edita
Centro de Documentación de las Artes Escénicas de Andalucía. Consejería de Cultura, 2009

Colección
Cuadernos Escénicos, n.º 16

El primer aspecto positivo del libro que voy a comentar (luego atenderé otros) es la belleza, pulcritud y utilidad informativa de su edición, cuidada con sumo acierto desde la primera a la cuarta de cubierta. Y merece destacarse ese valor editorial de entrada, porque se trata de la edición de un texto dramático, y estamos demasiado acostumbrados a que, desde antiguo, las ediciones teatrales hayan sido siempre la cenicienta de las ediciones literarias. En verdad que en esta ocasión el Centro de Documentación de las Artes Escénicas de Andalucía ha echado el resto, con los mejores resultados, y ha conseguido un número de sus «Cuadernos Escénicos» que no es un número más, sino una de las mejores ediciones con las que puede contar la literatura dramática española contemporánea. Verán por qué.

El lector que acceda a este libro se va a encontrar con todo lo que pensara necesitar para mejor gustar de lo que se anuncia en su título: conocer, o recordar, el texto de una curiosa y significativa obra que pudo ser el último estreno de la Dictadura y acabó siendo el primero de la Democracia, o de la pre-Democracia para ser más rigurosos. Estaba todo dispuesto, al menos en intención, para que *7.000 gallinas y un camello* se viera en el otoño del 75, pero se acabó estrenando en el María Guerrero en la primavera del 76. Porque el volumen que comento en esta reseña ofrece, junto al texto de la comedia, una completa reconstrucción de su recepción crítica (sin excluir los análisis que negaban todo junto a los que todo concedieron al espectáculo: honradez histórica y crítica plena), una contextualización de la obra en su inmediato entorno teatral más un riguroso análisis de la forma y significado de la misma, y lo que casi resulta tan apasionante y atractivo como la lectura del mismo texto: la explicación de su génesis, de sus avatares, de la preparación del espectáculo en todos sus aspectos, de las siempre enconadas tensiones con la Administración y del suceso, casi novelesco, de un teatro incendiado, y no de cualquier teatro precisamente. Y es que a las valiosísimas aportaciones, como estudiosos, de Berta Muñoz Cáliz (autora de la antología de críticas y de una precisa biobliografía del autor, que da testimonio de lo mucho que Campos ha batallado en este mundo del teatro) y de Julio Huélamo (que disecciona con rigor y excelente estilo el perfil de la escena española entre 1973 y 1976 y hace un finísimo análisis del plano simbólico de la obra por debajo de su cobertura hiperrealista) hay que decir, y pronto, que aquí se pueden leer dos textos de Jesús Campos: el de las gallinas y el camello y (novedad y aportación impagables) la intrahistoria de todo lo que en torno a esta obra ocurrió hasta su estreno en Valencia y luego en Madrid. Intrahistoria que, de tener muchas así, sabríamos de nuestro teatro reciente la verdadera historia del arte que mejor acompaña, espolea, recrea, juzga o dulcifica la memoria y el imaginario colectivos de esta sociedad en la que hemos vivido, crecido y de la que somos intérpretes y receptores de sus buenos y malos logros. Declaro que las cuarenta y cinco páginas que abarca el «Cuaderno de Bitácora» de la obra editada me han sabido a pocas; que las he leído como una crónica certera, entretenida, apasionante incluso, y con el atractivo suspense de esperar que el esfuerzo del protagonista principal (autor y director en una sola persona; rara avis en aquel teatro) tuviera el final que tantos esfuerzos merecían. Pocas veces los no iniciados en el proceloso mundo de la producción y dirección teatral pueden hacerse una idea del viaje entre escilas y caribdis que supone escenificar una obra, después de haberla escrito y haber logrado con ella el más prestigioso premio teatral español, pues, por si hace falta, deberé recordar que *7.000 gallinas y un camello* fue *Premio Lope de Vega* del 74.

Pero no acaban aquí, ni mucho menos, las bondades de este libro. No solo hay textos excelentes, en lo histórico, crítico y tes-



timonial, que acompañan a la obra, sino un extraordinario despliegue de información e ilustración gráficas, desde la reproducción de un barroco lienzo de Panini, que debió figurar en el programa de mano del espectáculo (sustituido por el de siete filas de gallinas en cuadrícula que era cárcel, todas alineadas hacia la derecha y blancas, y, sobreimpresionado, el perfil de un camello, en rojo y marchando hacia la izquierda), hasta dos fotografías del autor entre las que media la misma distancia cronológica que entre el estreno de la función y la edición de este libro. Y en medio, la reproducción de la maqueta y el boceto para la escenografía del espacio escénico, las fotografías del incendio del Español que publicó la prensa de aquellos días, dos páginas del libreto de dirección con sus añadidos y correcciones, cartas oficiales de prohibiciones y permisos, reproducciones de las páginas periodísticas en las que se insertaron las críticas del estreno, instantáneas de los ensayos y, sobre todo, setenta fotos de la representación a las que se va remitiendo desde el texto de *7.000 gallinas,* de modo que se logra un efecto deseable en cualquier edición de un texto dramático que ha sido escenificado: que el lector, que no puede disponer de una grabación audiovisual del mismo, se ve ayudado eficazmente a «reproducir» la puesta en escena, que ya es pasado, con solo seguir atentamente tal despliegue fotográfico. Un lujo y un esfuerzo que merecen la gratitud del lector.

Sospecho que ahora Jesús Campos, con la complicidad del Centro de Documentación Teatral de Andalucía, ha conseguido lo que ya apuntaba en la primera y, hasta ahora, única edición de la comedia, en la benemérita —y efímera, como tantas— colección teatral La Avispa [fue el número 2, publicada en 1983], pues ya en aquella ocasión, y limitándose a los escasos medios entonces disponibles, se apuntaba hacia una cierta maqueta del espléndido volumen que ahora comento: el texto estaba acompañado de una breve autobiografía, con notas irónicas que suelen siempre acompañar la escritura de Campos, unas sustanciosas líneas sobre la puesta en escena que eran una primera entrega de lo que ahora se hace muy por extenso, una breve antología de las críticas recibidas (apartado ahora también generosamente desarrollado) y algunas fotos de la representación. Ya aquella edición era *distinta* de lo habitual en la modalidad de las humildes publicaciones teatrales. Ahora la edición de *7.000 gallinas y un camello* es un logro que reivindica tanta humildad, y hasta penuria, como ha acompañado al teatro editado durante décadas (y conste que en ese aspecto la entidad a la que pertenece esta revista viene haciendo todo lo contrario, pese a que cada título le cueste sudor y brega).

En su preciso e iluminador trabajo crítico, Julio Huélamo menciona, con toda justicia, el análisis preliminar que hizo el maestro Monleón para aquella primera edición. Terminaré con una cita del mismo y una reflexión personal, ambas referidas al simbolismo de lo que Monleón definió como «una parábola política». Decía el director de *Primer Acto,* explicándose el signo «camello» en su relación con el desilusionado granjero Juan, que «asumía en la imaginación del protagonista el símbolo del *cambio de vida,* de la *ruptura* con la realidad anterior, completándose así la destrucción del personaje y del mundo social que representaba». Pero creo que, en la batería de signos-objeto que la obra despliega, hay otro que no debemos perder de vista: el huevo, con su simbolismo de geometría perfecta, con su explícito sema de origen de algo (primera y cuarta de cubierta de esta elegante edición son como una bien nutrida cesta de huevos), viene también a expresar el camino de frustraciones de Juan, de Marta, de los seres aplastados que se reúnen en aquella granja de Almería, casi en medio de un desierto. Juan cree que ya ha dado señal de su protesta, que ha empezado a alcanzar la utopía nombrada en el sueño del camello, con embarazar a una menor, con cometer estupro, y resulta que ni eso, que no ha habido tal embarazo, que el «huevo» ha resultado «huero», como su propia vida, y por eso merece ser expulsado del «paraíso» y sacado finalmente de escena como un inmóvil e inservible maniquí. El libro que hasta aquí he reseñado es, con seguridad, un huevo de dos yemas. Enhorabuena a todos los llamados al festín de su lectura. ■